

David Arturo Muñiz García,* Kimberly Sumano Ortega**

Cambios y continuidades en el poniente de la cuenca de México durante el periodo del contacto. El caso del salvamento arqueológico del sitio Tarango

Resumen: El presente trabajo busca analizar las rupturas y continuidades en el uso de sistemas agrícolas y unidades habitacionales de los grupos prehispánicos en el poniente de la cuenca de México durante el periodo Posclásico tardío y en los primeros años del contacto, lo anterior mediante la evaluación del uso y las funciones que pudo tener el sitio arqueológico de Tarango, así como su inserción en el sistema de producción e intercambio mexica. La investigación está basada en los trabajos arqueológicos realizados en el Proyecto de Prospección Arqueológica Súper Vía Poniente (PPASVP), así como su contrastación con fuentes históricas. A través del uso de distintas fuentes de información como, análisis de suelos, recorrido de superficie, excavación y trabajo documental, se plantea la hipótesis de que el sitio arqueológico en la zona conocida como Parque Tarango pudo pertenecer a un *calpulli* de leñadores y que mantuvo una ocupación entre el último periodo prehispánico y parte de la época virreinal.

Palabras clave: sistemas agrícolas, unidades habitacionales, arqueología del contacto, salvamento arqueológico.

Abstract: This paper analyzes the ruptures and continuities in the use of agricultural systems and housing units among pre-Hispanic groups west of the Basin of Mexico, during the Late Postclassic period and early years of contact, evaluating the use and functions that the archaeological site of Tarango might have had, as well as their integration into the Mexica production and exchange system. The research is based on the archaeological survey in the Proyecto de Prospección Arqueológica Super Vía Poniente (PPASVP) as well as a comparison with historical sources. Through the use of different types of information such as soil analysis, surface survey, excavation and documentary work, we suggest that the site locally known as Parque Tarango could have been a *calpulli* of woodcutters that continued as such for at least the early years of the colonial period.

Keywords: agricultural systems, housing units, contact archaeology, rescue or salvage archaeology.

La ciudad y el registro arqueológico

El crecimiento de las grandes ciudades del mundo ha tenido consecuencias devastadoras en muchos aspectos, tanto sociales como ambientales; en el ámbito de la arqueología este proceso ha acelerado sobremedida el proceso de destrucción

* Centro INAH Michoacán. Agradecemos a los doctores Blanca Maldonado, Rodrigo Esparza y Magdalena García, del CEO-COLMICH, por sus comentarios en el marco de sus respectivos cursos; a la arqueóloga Gabriela Mejía Appel, de la DSA-INAH, por sus valiosos comentarios y correcciones a este texto; a la arqueóloga Susana Lam, por la oportunidad de llevar a cabo el PPASVP y por sus atinados comentarios en campo; al maestro Serafín Sánchez, por su apoyo para la identificación de muestras de sedimentos; al maestro Alberto Villakamel, por su apoyo en la identificación de fitolitos; a los arqueólogos Mijaely Castañón, César Hernández y Fernando Orduña, integrantes del PPASVP, quienes generaron la mayor parte de la información usada para este trabajo. A los dictaminadores del texto, cuyos comentarios enriquecieron el trabajo.

** Programa de Maestría en Arqueología, El Colegio de Michoacán.

de sitios arqueológicos. La Ciudad de México es una de las urbes más grandes del mundo y su crecimiento en los últimos 50 años ha puesto en riesgo la mayoría de los sitios arqueológicos en la cuenca de México.

Tal es el caso del poniente de la cuenca, zona en la cual se desarrolló un crecimiento paulatino durante muchos años, pero tuvo un momento de cambio acelerado con las construcciones de la zona ejecutiva conocida como Santa Fe. En 2010 el congestionamiento vial y todos los problemas que conlleva eran ya un problema insostenible, pues el flujo diario de personas se calculaba en cerca de 200 000 individuos. En la búsqueda de disminuir un poco la presión de accesibilidad a Santa Fe, el gobierno de la Ciudad de México licitó la construcción de una autopista urbana de pago que conectara el poniente de la ciudad con el Anillo Periférico y algunas arterias secundarias (Muñiz, 2012: 7).

El proyecto se denominó “Vía Rápida Poetas” o “Súper Vía Poniente” y consistía en 5.24 km de construcciones lineales y varios más de obras alternas (GDF, 2011: 8-9). Cerca del área de afectación se tenían registrados cuando menos dos sitios arqueológicos, razón por la cual la Dirección de Salvamento Arqueológico (DSA-INAH) determinó realizar una serie de prospecciones con el fin de salvaguardar el patrimonio arqueológico y llevar a cabo un registro pormenorizado de los vestigios en riesgo. Los trabajos iniciaron en 2011 y concluyeron al año siguiente; consistieron en trabajos de fotointerpretación, recorridos de superficie, excavación y análisis de materiales.

Rupturas y continuidades culturales en la cuenca de México

El cambio y la continuidad cultural a través de restos materiales, y de manera particular en los periodos de contacto entre europeos y americanos, ha sido un tema trabajado por distintos autores (Lightfoot, 1994; Charlton y Fournier, 1993). En el caso de Mesoamérica los trabajos de Patricia Fournier han sido importantes para entender estos

procesos (Fournier, 1997; Charlton y Fournier, 1993; 1996). Existe además un matiz que han tenido este tipo de investigaciones, acerca de la desaparición y continuidad de elementos materiales en grupos indígenas, aunque la mayoría de los trabajos son estadounidenses (Sillman, 2009; Greenfield, 1999). A partir de Greenfield (1999: 39-40), nosotros asumimos que todas las culturas cambian a lo largo del tiempo, algunos procesos históricos tienden a ser más estables y generar continuidades, mientras otros son más dinámicos y dan como resultado rupturas en las prácticas culturales.

En México, el tema del cambio y la continuidad cultural ha sido abordado casi siempre por los historiadores; sin embargo, algunos trabajos han mostrado cómo la arqueología y la historia pueden articularse en una sola investigación (Fernández y Gómez, 1998; Charlton y Fournier, 1993). Si bien Fournier se concentra en los materiales arqueológicos como la cerámica, Teresa Rojas aborda —desde la etnohistoria— el mismo tópico, aunque ella lo hace desde los sistemas agrícolas (Rojas, 1985; 1988; Rojas *et al.*, 1991). Desde la historia, Charles Gibson (1986) y Peter Gerhard (1986) analizan las condiciones socioeconómicas, y en particular los movimientos demográficos de ese periodo.

A principios del siglo XVI la población en la cuenca de México se calcula entre uno y tres millones de habitantes, este crecimiento demográfico significaba hasta ese momento el mayor auge poblacional en la historia de Mesoamérica (Gibson, 1986: 7-8). La presencia y el control hegemónico del gobierno azteca fue clave en este proceso (Paredes, 1986: 241-242). Para satisfacer el cada vez más alto consumo de productos, los aztecas desarrollaron un sistema económico muy sofisticado (Carrasco, 1971), en el cual se articulaban regiones de agricultura intensiva, como Xochimilco y Tláhuac (Rojas, 1985) con productos especializados como la lapidaria, la metalurgia y la concha, entre muchos más (Velázquez, 2007), al mismo tiempo que se generaban necesidades de distintos productos básicos, como la madera. La organización político-administrativa en el periodo de la Triple Alianza era a través de una división en *altepetl* (unidad político-adminis-

trativa), a sus vez dividido en *calpulli* (*calpuleque* en plural) o barrios (Gibson, 1986).

Una de las regiones conquistadas por la Triple Alianza encabezada por los mexicas fue Coyoacán (ca. 1430), que hasta la conquista española fue parte del sistema tributario de los aztecas, siendo sujeto de las presiones económicas, políticas y sociales del floreciente imperio. Coyoacán era regido por los tecpanecas, quienes también tenían bajo su mando a Tacubaya y Azcapotzalco, entre otros, por lo que controlaban el sur poniente de la cuenca de México (Horn, 1992). Tacubaya parece haber sido un *altepetl* independiente de Coyoacán pocos años antes de la conquista; sin embargo, en el periodo colonial fue reclamado como parte del marquesado de Valle de Oaxaca, propiedad de Hernán Cortes, quedando en una especie de condición político administrativa dual con Coyoacán (Horn, 1992).

Tarango

Sobre una de las cañadas que bajan desde el poniente hacia la cuenca de México se localiza el sitio arqueológico de Tarango, muy cerca de los márgenes exteriores del viejo *altepetl* de Tacubaya, en la actual zona conurbada de Santa Fe. Esta cañada desciende hacia la cuenca por una alargada planicie delimitada por dos grandes barrancas; Mixcoac y Tarango, hasta llegar a su salida natural a la altura de Mixcoac. Este lugar parece haber sido parte de un asentamiento mayor localizado un poco más hacia el poniente y habría sido conocido como Acaxóchitl o Acasúchil, fue desagregado de Tacubaya para fundar ahí el hospital de Santa Fe en 1532 (Gibson, 1986: 102). De acuerdo con nuestra hipótesis, podría haber estado contribuyendo en el sistema económico azteca como proveedor de madera, organizado a manera de *calpulli*.

La llegada del mundo occidental y la dominación española sobre el México central dejó prácticamente intacta la organización sociopolítica; en las regiones, las distintas formas administrativas tan sólo se superpusieron al antiguo *altepetl*. Esto permitió que el funcionamiento interno de la sociedad indígena provincial conservara en gran me-

didada sus rasgos anteriores a la conquista (Gibson, 1986). Los estragos poblacionales tan característicos de este periodo, así como la ambición de los conquistadores, habrían obligado a modificar paulatinamente este modelo, aunque nunca llegaría a perderse del todo (Gibson, 1986). Ese periodo de transición entre la sociedad prehispánica con su *altepetl* y la sociedad plenamente virreinal ha sido poco estudiado a nivel arqueológico y es el tipo de contexto al que nos enfrentamos en el PPASVP.

Un estudio de caso. El PPASVP

El PPASVP surge con la necesidad de investigar y salvaguardar el patrimonio arqueológico contenido en el trazo de la Supervía Poniente por parte de la DSA-INAH. Cercano al área de estudio teníamos dos sitios arqueológicos registrado de manera previa: el primero gracias a los recorridos realizados en la década de 1970 por el equipo de Sanders *et al.* (1979) y registrado ante la Dirección Federal de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas mediante información bibliográfica, con la clave E14A39-09-126; el segundo es un pequeño montículo azteca cercano a la presa Anzaldo, excavado y restaurado en 1934 por Castañeda, pero destruido tiempo después (Cervantes, 1997).

Por tales razones, la DSA-INAH decidió intervenir y llevar a cabo un salvamento urbano, una labor que resulta esencial para el trabajo arqueológico de hoy en día en todo el país (López Wario, 1994: 15):

Este tipo de trabajos permiten poner a prueba en un tiempo corto la habilidad de técnicas y metodologías arqueológicas, las cuales deberán ajustar sus tiempos para adecuarse a las necesidades de las distintas obras a realizar, pero jamás deberán perder de vista que la información que de ahí se genera es irremplazable, sin dejar el rigor metodológico que exige la práctica científica de la arqueología” (Pérez y Esparca, 1997: 15).

El salvamento urbano es, por esencia de su práctica, una labor fragmentada: en un espacio ya

ocupado por construcciones no es posible desarrollar exploraciones extensivas; por tanto, el ya de por sí parcelado registro arqueológico se vuelve aún más discontinuo y difícil de interpretar. Por ello resulta esencial la combinación de estrategias de investigación de campo, la elección de espacios de trabajo y el uso eficiente de recursos. Habría que agregar la dificultad de generar, en algunos casos, una pregunta de investigación sólida, previa a la intervención en campo. Esto porque, si bien existen proyectos arqueológicos en los cuales se inserta el salvamento arqueológico, no siempre es así. Sin embargo, un registro riguroso de la información contextual es la llave que abre la puerta para poder interpretar y, por tanto, explicar fenómenos sociales del pasado.

Los trabajos en campo se realizaron a partir del derecho de vía de la obra, que va desde la terminación de la calle Prolongación de los Poetas y su entronque con Av. Centenario (a la altura del Parque Tarango), en la delegación Cuajimalpa, hasta el entronque de la Av. Luis Cabrera y Anillo Periférico, en la delegación Tlalpan de la Ciudad de México (fig. 1). Para una mejor comprensión se definieron tres espacios para el trabajo arqueológico: sección 1, Prolongación de los Poetas-Av. de las Águilas (Tarango); sección 2, Av. de las Águilas-Las Torres (La Loma-Malinche); sección 3, Las Torres- Luis Cabrera (hasta Periférico Sur). A su vez, el trabajo de campo también se dividió en dos fases: en un primer momento se realizaron trabajos de recorrido de superficie, tanto en el área de afectación como en sus inmediaciones; y al mismo tiempo se iniciaron los trabajos de excavación y de vigilancia

Trabajos de campo

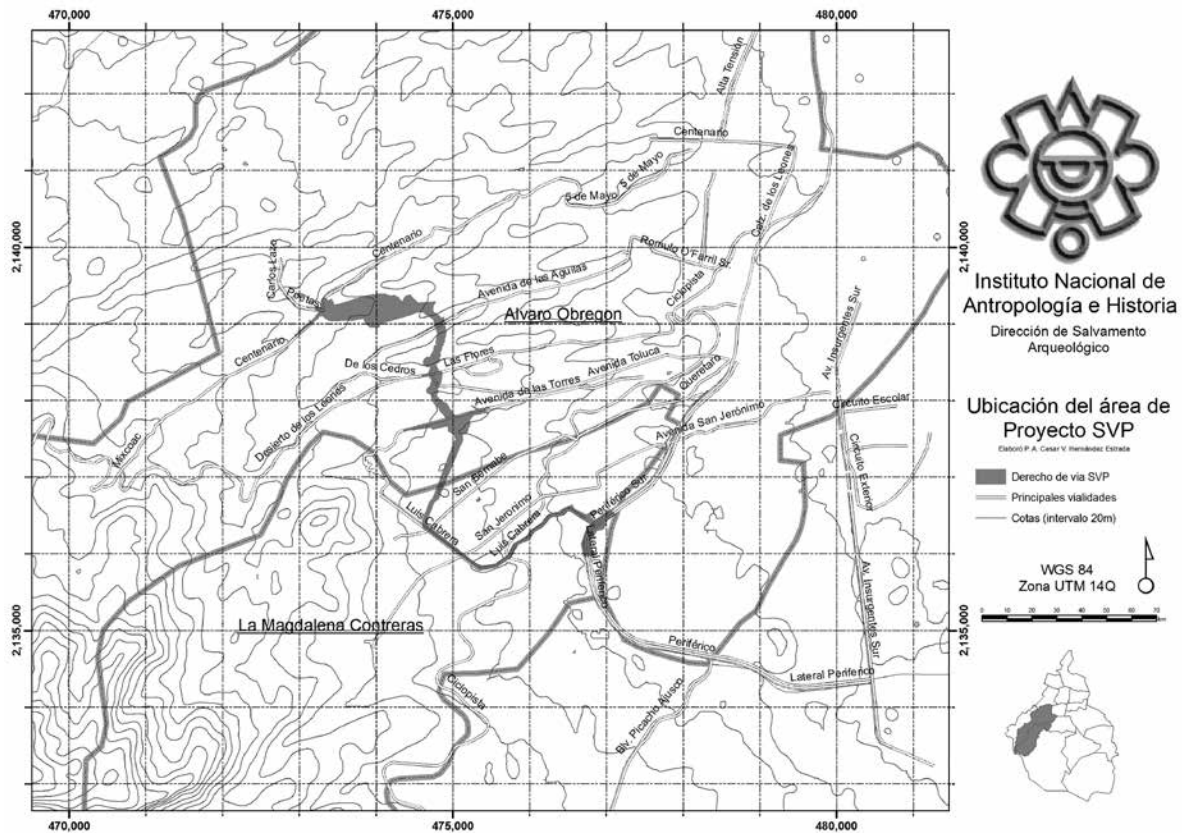
La sección 1, Prolongación de los Poetas-Av. de las Águilas (Tarango), fue el área principal de obra y la más cercana al sitio arqueológico de Tarango; ahí se localizaron al menos cuatro grandes terrazas, una docena de pequeñas y dos estructuras habitacionales. En las secciones 2 y 3 no se localizaron vestigios relevantes —únicamente terrazas medianas, artefactos cerámicos y líticos dispersos—; sin embargo, es importante

señalar que se recorrió un sitio de alto potencial conocido como cerro de la Loma o Malinche, donde hay evidencia de terrazas habitacionales y gran cantidad de tepalcates en las partes altas —lo cual se entiende por su cercanía al cerro del Judío). De cualquier forma, el área de afectación por las obras de la Supervía Poniente era pequeña, debido a que ahí se llevaría a cabo un túnel que atraviesa prácticamente la totalidad del cerro, dejando la mayor afectación —en cuanto a construcción— en una zona baja de arrastre pluvial, en la que resulta improbable la presencia de construcciones prehispánicas.

Debido a la evidencia recopilada en la prospección, se procedió a la apertura de tres sectores de sondeo por excavación arqueológica, con un total de 15 pozos y dos unidades extensivas de excavación. Allí lo más sobresaliente fue haber localizado dos estructuras habitacionales denominadas UEIEE y UEICAL, además de tres terrazas agrícolas, incluyendo una donde se descubrió un pequeño canal de riego. Estos espacios los hemos considerado parte del sitio arqueológico Tarango/E14A39-09-126

El sitio Tarango/ E14A39-09-126

La sección 1 corresponde a un sitio transicional mexica-colonial localizado en el parque Tarango; tiene una zona muy extensa de terrazas agrícolas, poco definidas, hechas por acumulaciones de tierra, con gran cantidad de materiales cerámicos y, en menor medida, fragmentos de navajillas de obsidiana. También se localizaron trece estructuras consistentes en alineamientos de piedras que se extendían en formas geométricas, dos de ellas eran arranque de muros de mampostería, y el resto, alineamiento de conglomerados de tierra y piedras pequeñas, quizá arranque de muros para bajareque. Cabe señalar que casi todo lo que se puede observar en superficie se encontraba en el llamado Parque Tarango, fuera del área de trabajo de la Súper Vía Poniente, y los vestigios localizados en el interior se debieron a excavaciones, en cierta forma debido al paso de un antiguo camino y a la construcción de la vialidad mencionada.



© Fig. 1 Ubicación de la zona de trabajo.

Terrazas

Una de las características del sitio Tarango es la presencia de terrazas agrícolas, de las que se identificaron dos tipos: 1) conglomerados de tierra localizados en bajadas de las crestas del terreno, aunque eran distintas en dimensión, todas se componían sólo de sedimentos locales y algunos restos de materiales como cerámica y lítica. Este tipo parece corresponder a las que Teresa Rojas (1985: 91) denomina como soporte de aluvión; en esencia, permiten generar una superficie artificial de sedimentos acumulados para poder colocar la siembra; 2) pequeños alineamientos de tierra conglomerada y pequeñas piedras ubicadas en las zonas más planas de las topografías.

En las terrazas tipo 2) se localizó un sistema de irrigación artificial, consistente en canales, de unos 20 cm de diámetro, excavados directamente sobre el tepetate; se trata de un tipo de irrigación

descrito y documentado de manera muy amplia para el siglo XVI. Rojas (1985: 99) menciona que “en estos sistemas los ríos se sangraban directamente mediante *tomas* o canales excavados en el cauce principal”.

Por otra parte, en la excavación extensiva 1 (EE1) se localizó una estructura rectangular de casi 20 m de largo, compuesta de arranques de muro de mampostería con dos fogones en el interior y que hemos considerado una unidad doméstica (Manzanilla, 1986); sin embargo, debido a su forma y la posición en el terreno pudo haber sido sostenida por una terraza que ya no fue posible apreciar (fig. 2).

Análisis del suelo

El suelo de estas terrazas fue analizado en el laboratorio de suelos y sedimentos de la Escuela



© Fig. 2 Ubicación de terraza en perfil.

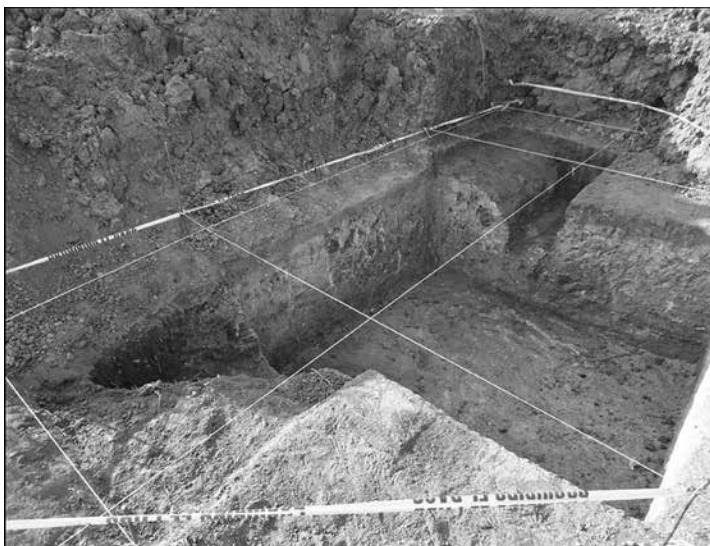
Nacional de Antropología e Historia (ENAH) por el arqueólogo Fernando Orduña. Se procesaron 44 muestras y los resultados fueron obtenidos con base en la metodología propuesta por Sánchez Pérez (2005); es decir, se analizó el color, textura y densidad aparente de las muestras; el estudio permitió determinar que las terrazas contenían suelos pobres en su composición, pero aptos para agricultura, en oposición a las muestras trabajadas de suelos sin asociación de terrazas, donde la composición era magra y no apta para la agricultura (Muñiz *et al.*, 2012: 132-145).

También se realizaron pruebas de flotación de polen en el Laboratorio de Ecología de la ENAH, dirigidas por el arqueólogo César Hernández, y en las que se determinó una presencia predominante de fitolitos de maíz, en comparación con la presencia de otras especies vegetales, por lo cual puede hablarse de un monocultivo de maíz.

Agricultura de riego en la cuenca de México

Los sistemas agrícolas en la cuenca de México fueron esenciales para el desarrollo de las sociedades prehispánicas —en particular para la mexicana—, pues sin el manejo de los recursos hidráulicos hubiese sido difícil pensar en sostener una organización sociopolítica tan extensa como la de los aztecas (Gibson, 1986; Rojas, 1985; 1988; Rojas *et al.*, 1991).

Diversos autores han señalado la importancia y tipo de estrategias agrícolas en la cuenca de México, algunas de las cuales tenemos presente en nuestra área de estudio. Con respecto a las terrazas agrícolas, Teresa Rojas (1985: 191) menciona que en determinadas ocasiones se requirió excavar el perfil original para nivelar la superficie de cultivo, además de abrir zanjas para dar curso



● Fig. 3 Sistema de canales localizado en el PPASVP (unidad TARU3P1). Fotografía de Fernando Orduña.



● Fig. 4 Terrazas agrícolas en Tarango (TARU2P5). Fotografía de César Hernández.

y salida al agua de lluvia, para evitar los deslaves y controlar la erosión, así como abrir canales para irrigar, tal y como lo encontramos en la UE2P3 de Tarango (fig. 3). “Se logró asegurar la cosecha de temporal mediante la irrigación de los terrenos al principio del ciclo, con el agua de ríos

permanentes, con presas efímeras y canales, y de barrancas y arroyos temporales, por inundación, con presas derivadoras, con o sin canales” (Rojas, 1985: 196).

Una de las estrategias de cultivo más extendidas en la cuenca de México fue el uso de terrazas, como una forma de aprovechamiento del suelo: “en las terrazas de ladera (cercas, tenamitl, bezana-repado) la superficie de cultivo puede ser más o menos amplia, plana y horizontal, según sea la pendiente y las obras realizadas, desde simples terrazas de contorno y de temporal” (Rojas, 1989: 190). Éste es el caso de la mayoría de las terrazas halladas en Tarango, y en cuanto a la fisonomía “lo más frecuente es que el retén o muro de la terraza sea de piedra, pero también las hay de bloques de tepetate o únicamente de tierra que se amarra con una cubierta vegetal de pasto” (Rojas, 1988: 191), lo cual parecería estar describiendo la terraza de la UE3P1 de Tarango (fig. 4).

Los habitantes del poniente de la cuenca hacia el contacto

Los estudios acerca de unidades habitacionales en Mesoamérica han mostrado la importancia de la “casa” para el entendimiento de la sociedad, pues no sólo es “la unidad mínima de los análisis de asentamiento”; el entender su distribución, funcionamiento y concepción es también, tener acceso a un microcosmos que se

articula con los distintos niveles de organización social, política y económica (Manzanilla, 1986).

Blanca Paredes señala que el crecimiento poblacional durante el Posclásico tardío en la Cuenca de México va en paralelo con el crecimiento de los asentamientos y variabilidad de las unida-

des domésticas. También menciona que hay distintos tipos de unidades habitacionales: las comunes o populares frente a las residenciales y palacios. En las primeras se concentraría la mayor parte de la población, que incluye agricultores, artesanos y labradores, entre otros (Paredes, 1986: 245). Están agrupadas en torno a conjuntos habitacionales que formarían barrios o *calpullis* y, a su vez, un grupo de éstos (*calpuleque*) daría cuerpo a un subcentro de poder (Paredes, 1986). En el caso que nos atañe, nuestra hipótesis plantearía que tendríamos una unidad habitacional no de élite, que correspondería a la EEI, el *calpulli* lo conformarían tanto esa estructura como el resto de las localizadas en el sitio de Tarango, al menos 16 estructuras más, adicionales a las trece encontradas en la poligonal de trabajo en el PPASVP (fig. 5), el subcentro de poder sería Tacubaya.

Los elementos constitutivos generales en las habitaciones de la no élite o populares en la cuenca de México son, el tener planta rectangular, muros de adobe soportados en sólidas bases de mampostería hechas con piedras volcánicas y cementante de lodo en torno a un patio central. La calidad de las construcciones sería diferente en función de los recursos disponibles (Paredes, 1986).

Las dos estructuras localizadas durante los trabajos de excavación del PPASVP guardan una fuerte semejanza con la descripción que hace Paredes (Muñiz *et al.*, 2013). El tamaño, forma y materiales permiten caracterizarlas como ejemplos típicos de unidades habitacionales del Posclásico tardío en la cuenca de México; además, tenemos los materiales cerámicos asociados que corroborarían esta inferencia (fig. 6).

Búsqueda de satisfactores para la naciente metrópolis

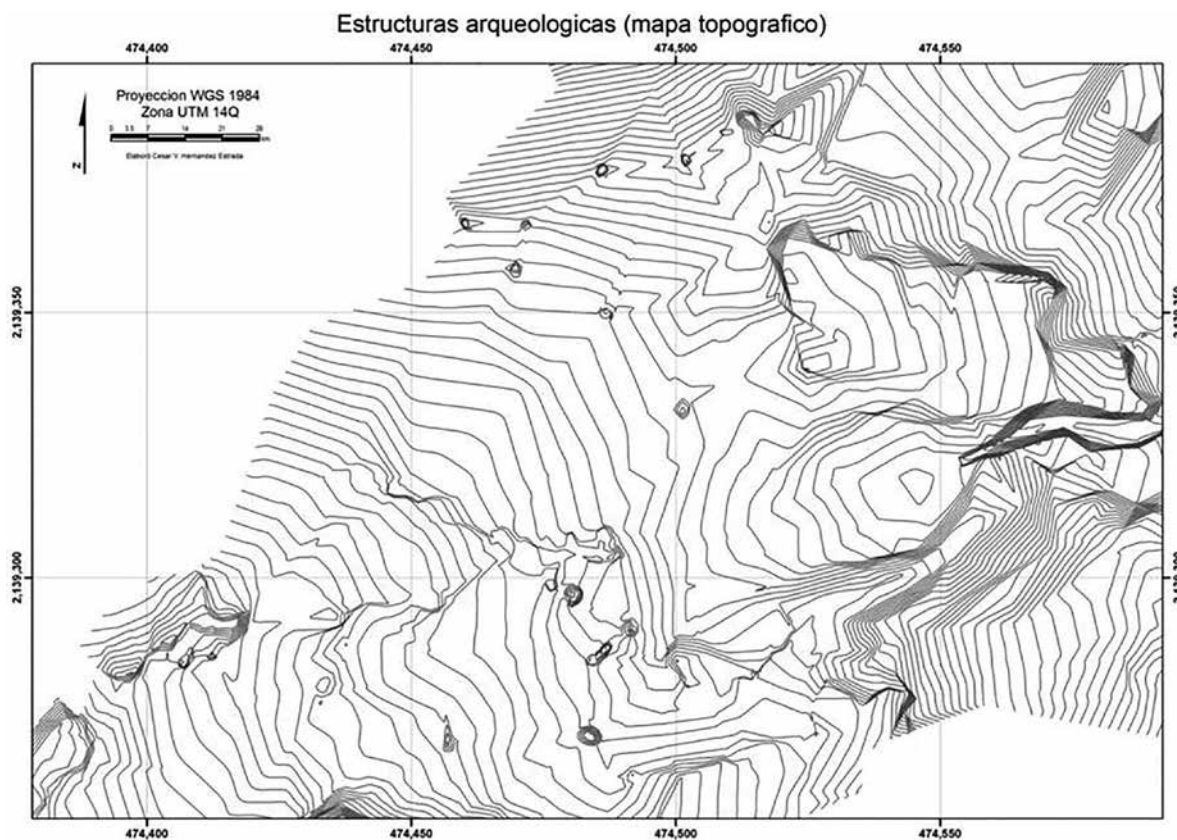
Peter Gerhard (1986) menciona que el arribo hegemónico del imperio mexica y su constante crecimiento generó una presión demográfica y necesidad por recursos sin precedentes en la cuenca de México; esos dos factores obligaron a que los límites de las poblaciones se extendieran en todos los sentidos, ya sea hacia las ricas aguas

dulces del sur, las islas y faldas de las montañas al oriente, los valles al norte, o bien, hacia las escarpadas barrancas del poniente. En esta última dinámica se insertaría el sitio Tarango, pues estaría respondiendo a la necesidad de materias primas (madera en específico) para la construcción y mantenimiento de la ciudad y sus habitantes (andamios, material constructivo, combustible, etcétera).

La organización política y social del *calpuleque* (López Austin, 1985) permite suponer que, ante la necesidad de trasladarse hacia otro lugar, las personas se movilizarían a partir de esta unidad social. A saber, en la EEI de Tarango la presencia de materiales cerámicos más tempranos están relacionados con el horizonte Azteca I (ca. 1200-1300) y la mayor densidad de materiales prehispánicos corresponden a los Azteca III/IV (ca. 1490-1521) (Muñiz, 2012) (tabla 1 = fig. 7). De esta manera asumimos una presencia abrupta de personas en la región hacia la mitad del siglo XV y una creciente presencia hasta por lo menos los primeros 50 años después del contacto, por la cantidad y variedad de tipos cerámicos típicos de ese periodo. Tal presencia sería una respuesta a la necesidad de productos desde la capital mexicana, así como a la marginación de ciertos grupos en el interior de la sociedad tepaneca.

Por otro lado, los productos que requería México-Tenochtitlán fueron variados: los hubo para satisfacer a las élites y los hubo para cubrir las necesidades básicas de la población. En este último rubro los productos agrícolas fueron esenciales para el desarrollo del imperio, y, por supuesto, el maíz tiene un rol central en esta situación. Ahora bien, sabemos que provincias como Chalco, Xochimilco y Tláhuac fueron conquistas sobre todo por su abundante producción agrícola.

De ser así, la zona de Tarango debió de presentar un panorama desalentador, sobre todo frente a esas potencias agrícolas y su tecnología hidráulica (Rojas, 1985); esto podemos afirmarlo con base en el estudio de suelos realizado por Fernando Orduña y un reporte preliminar de César Hernández en el marco del PPASVP, en los cuales se muestra que los suelos eran aptos para desarrollar agricultura, pero su composición resultaba desdeñable, ya que su alta porosidad y su posición en el



© Fig. 5 Ubicación de las estructuras arqueológicas del sitio Tarango. César Hernández, 2012.

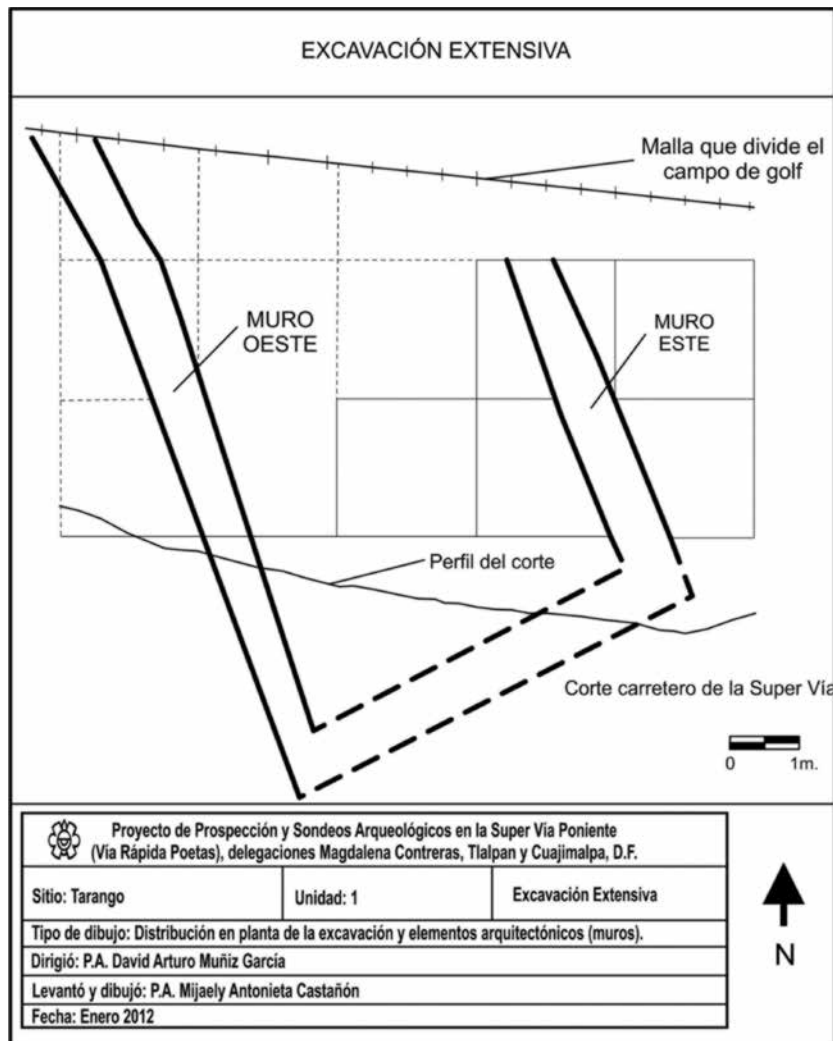
paisaje no hacían esta región apta para alcanzar una alta producción agrícola. Además, los trabajos de flotación de polen realizado en la ENAH muestran un porcentaje abrumador de presencia de restos de maíz y sus productos simbióticos, como el chile y la calabaza, en las terrazas agrícolas. Debido a la cantidad y propiedades de las terrazas agrícolas, inferimos que su producción fue baja y quizá apenas suficiente para satisfacer las necesidades de quienes las usaban.

Los leñadores tecpanecas

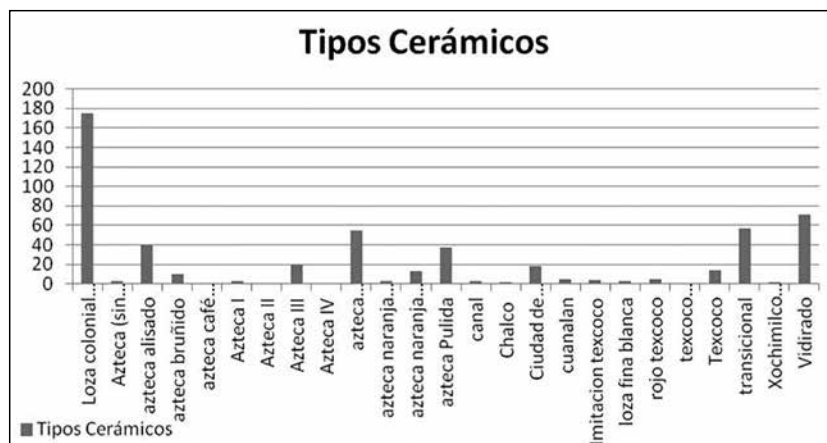
Si no eran productos agrícolas ¿que explotaban en Tarango? Un producto que parece plausible de explotar es la madera. En primer término, las cañadas y zonas altas tenían este recurso en abundancia, y que debió de ser muy demandado para combustión, falsa arquitectura e instrumentos,

entre muchas otras necesidades. En segundo lugar, el oficio de leñador —hay que recordar que los oficios eran una cuestión determinada por la filiación al *calpulli* (López Austin, 1985)—, era una actividad considerada lasciva, es decir marginal. “¿Qué será de vosotros en este mundo? mirad que descendes de parientes generosos y de señores y no de hortelianos o leñadores” (Sahagún, 1979: Lib. X, cap. XXII). Al seguir nuestra línea de argumentación, Tarango era una población marginal y, por tanto, no parecería imposible que pudiesen ser un *calpulli* de leñadores, o bien, una población segregada de Tacubaya, como lo refiere Horn (1992), y se convirtiesen en *calpulli* de leñadores para tener una forma de subsistir. Recordemos que el mismo Sahagún reconoce en los tecpanecas cualidades artesanales, en particular con la lapidaria (Sahagún, 1979: Lib. II, 601-602).

Coyoacán fue conquistado ca. 1430 por la Triple Alianza encabezada por los mexicas. Desde



© Fig. 6 Dibujo de planta de la Estructura 1 (TAREE1), Mijaely Castañón.



© Fig. 7 Materiales cerámicos presentes en la excavación.

entonces, y hasta la conquista española, fue parte del sistema tributario mexicana, por lo cual vivieron las presiones económicas, políticas y sociales del floreciente imperio. Coyoacán era regido por los tecpanecas —quienes también tenían el control de Tacubaya y Azcapotzalco, entre otros pueblos— y tenían el control del sur-poniente de la cuenca de México. Tacubaya parece haber sido un *altepetl* independiente de Coyoacán pocos años antes de la conquista; sin embargo, en el periodo colonial fue reclamado como parte del marquesado de Valle de Oaxaca, propiedad de Hernán Cortes, quedando en una especie de condición político administrativa dual con Coyoacán (Horn, 1992).

Tarango se localiza muy cerca de los márgenes exteriores del viejo *altepetl* de Tacubaya, la cañada sobre la cual se localiza descendiendo hacia la cuenca por una alargada planicie delimitada por dos grandes barrancas, Mixcoac y Tarango, hasta llegar a una salida natural a la altura de Mixcoac. Parece haber sido parte de un asentamiento mayor localizado un poco más hacia el poniente y que habría sido conocido como Acaxóchitl o Acasúchil, que fue desagregado de Tacubaya para fundar ahí el hospital de Santa Fe en 1532 (Gibson, 1986: 102); de acuerdo con nuestra hipótesis, podría haber estado contribuyendo en el sistema económico azteca como proveedor de madera, organizado a manera de *calpulli*.

Es necesario corroborar esta inferencia con un trabajo más profundo de fuentes; sin embargo, la investigación realizada no arroja pruebas contundentes a favor o en contra de este argumento, aun cuando el trabajo de Rebeca Horn parece ayudar a esclarecer el asunto. Ella menciona que Coyoacán y Tacubaya eran bien conocidos en el valle de México, por sus materiales y por ser hábiles artesanos relacionados con la construcción, lo que derivaba, en parte, de la disponibilidad de materiales idóneos. Una gran extensión del territorio de Coyoacán era boscosa, y su mercado era célebre por la oferta de productos de madera, y sus carpinteros o *tlaxilacalli* comprendidos en los montes arbolados se especializaron básicamente en la producción de carbón y de otros productos elaborados con madera. Así mismo, Tacubaya fue conocida por la destreza y disponibilidad de sus



● Fig. 8 Estructura 1 (TARUEE1), que puede corresponder a la habitación de leñadores tecpanecas en Tarango. Fotografía de David Muñiz.

trabajadores relacionados con la construcción. (Horn, 1992: 37-38).

Las dos unidades habitacionales localizadas en Tarango son de gran tamaño (fig. 8), y los fogones localizados en su interior también son mayores que lo usual; por ello es muy probable que esas casas no estuviesen habitadas por una familia, sino por un grupo de personas para desarrollar su actividad productiva, muy probablemente en ciertas temporadas del año. Los materiales cerámicos y líticos muestran un uso utilitario, no suntuario, y no se localizaron entierros u ofrendas domésticas que pudieran llevarnos a pensar en que en ese lugar viviera una familia.

Análisis

La idea que podemos extraer a partir de la evidencia arqueológica recuperada en el PPASVP es la de una población marginal, que inició la ocupación de Tarango a mediados del siglo xv. Tenía poca producción agrícola, aunque una buena inversión en técnicas de riego, unidades habitacionales “estándar”, es decir, similares al del resto de la cuenca en el Posclásico, con un aumento demográfico ca. 1480 y sostenido hasta ca. 1550. Se observa una caída abrupta de la población y abandono parcial del asentamiento, lo cual podría asociarse con la congregación (Ugarte, 1968) de la pobla-

ción de Acaxóchitl hacia el hospital de Santa Fe en 1530 (Gibson, 1986: 102). A principios del periodo virreinal, Tarango debió de ser parte de Acaxóchitl y sujeto a Tacubaya/Coyoacán, por ello es razonable pensar que ésa era la situación previa al contacto.

En el Archivo General de la Nación no se localizaron más nombres de poblaciones asociadas al área de estudio previo a la instalación del hospital de Santa Fe a finales del siglo XVI (AGN GD58 Indios, 1583, vol. 2, exp. 629, 633 y 634); Aca-suchitl es mencionado por Gibson (1986: 101) y Pineda (2000: 51); mientras Horn (1992: 40) los relaciona con la presencia tecpaneca, Pineda lo relaciona como el antecedente directo de Santa Fe. Es muy probable que la distribución del sitio pudiera ser más amplia de la que presentamos en nuestros mapas, pero hasta ahora no ha sido posible ampliar las investigaciones. Por otro lado, para retomar lo argumentado al inicio, el patrón de asentamiento puede convertirse en una buena pregunta de investigación para futuros salvamentos arqueológicos: ¿el sitio arqueológico de Tarango continúa en las cañadas adyacentes? ¿Son asentamientos distintos? De ser así ¿a cuál corresponde Acaxóchitl? ¿Las diferencias o similitudes entre los sitios en las cañadas al poniente de la cuenca y cercanas al actual Santa Fe se refieren a sectores de un sitio, tal vez diferencias sociopolíticas?

Con base en la información disponible pensamos que Tarango debió ser parte del antiguo pueblo de Acaxóchitl; debemos señalar que tratamos un estudio de caso y que el poniente de la cuenca lo conforman no sólo las cañadas que bajan hacia la zona de Mixcoac y Coyoacán, por lo cual no es posible generalizar las afirmaciones que aquí se presentan a todo el poniente —y ni siquiera al sur-poniente de la cuenca—, pero sí nos permite adicionar elementos analíticos para entender lo que debió de ser una compleja organización sociopolítica hacia el Posclásico tardío y que todavía estaba en formación durante la caída de Mexico-Tenochtitlán.

Estos elementos nos han llevado a sugerir la presencia de un *calpulli* de leñadores en Tarango, o bien, de alguna comunidad con una actividad productiva distinta a la agricultura, que si bien

muestra rasgos de marginalidad, su presencia y actividades debieron de estar ligadas al sistema económico mexica. En ese sentido, el trabajo de Rebeca Horn muestra que a mediados del siglo XVI se presentaron grupos minoritarios mexicas y otomíes en la jurisdicción de Coyoacán y Tacubaya, y que en apariencia comprenderían “distritos étnicos distintos (o subdistritos) en los entornos escarpados de Coyoacán” (Horn, 1992: 34). La otomí fue una población subordinada durante la conquista, diferenciada cultural y lingüísticamente de los pueblos de habla náhuatl que dominaban el valle de México. Los otomíes no ocupaban un territorio definido en el valle, sino que más bien fueron relegados a espacios periféricos de las comunidades hablantes de náhuatl, tal como lo fueron en el Coyoacán colonial temprano (Horn, 1992: 35).

Continuidades y rupturas

Es común escuchar que la conquista española significó una ruptura con el sistema prehispánico; sin embargo, a partir de estudios de caso como el que aquí se presenta, podemos notar algunas continuidades de corto y mediano plazo que vale la pena evaluar en un contexto más amplio de cambios y pervivencias culturales; así, por ejemplo, “resulta notoria la persistencia de formas indígenas de organización sociopolítica en el México central durante la Colonia, en particular en una región como Coyoacán, donde se experimentó un contacto y un asentamiento español relativamente intensos desde la época temprana de la postconquista” (Horn, 1992: 46).

El contraste entre los trabajos históricos y los arqueológicos representa una rica fuente de información poco abordada y permite ahondar en ciertos temas, entre ellos la persistencia en aspectos como tecnología agrícola, forma de subsistencia y unidades habitacionales. En uno de los fogones de la EE1 del PPASVP se localizaron huesos de vaca, junto con cerámica azteca, transicional, colonial y navajillas de obsidiana; ese fogón debió de estar en uso antes, durante y después de la conquista, por ello no parece estar en armonía con las otras evidencias localizadas, que nos permiti-

rían inferir que “el altepetl continuó fundamentalmente con la misma función que tuviera con anterioridad a la conquista; sin embargo, sufrió transformaciones en la medida en que los indios del centro de México adoptaron y adaptaron formas españolas de gobierno y representaciones de una identidad municipal” (Horn, 1992: 47).

Durante el periodo de dominio mexica, Tarango fue ocupado de manera abrupta por una comunidad marginal, posiblemente otomí, que pudo haber estado dedicada a la explotación de madera, materia prima que habría servido como tributo y producto de intercambio entre el *calpulli* —Acaxóchitl— y el sistema económico mexica.

Políticamente dependían de Tacubaya y permanecieron sujetos a ese señorío, incluso cuando se fusionó con Coyoacán para conformar el marquesado de Valle de Oaxaca —ya en la época virreinal—. Sus actividades y estrategias de subsistencia debieron ser similares durante el Posclásico tardío y el primer periodo colonial: una agricultura de autoconsumo, con gran cantidad de inversión de trabajo para hacer producir tierras magras.

En Tarango accedieron a los recursos de la montaña y los aprovecharon durante un largo periodo, desde finales del siglo XVI hasta principios del XVIII —de acuerdo con las fechas de la cerámica—, lo cual debió de coincidir con una fluctuación demográfica en la cuenca de México, de acuerdo con lo planteado por Gibson.

En ese periodo la población de Tarango fue congregada hacia el colegio de Santa Fe, desde donde se reocupó el sitio y dio paso a poblaciones permanentes, lo cual vivificó —igual que en otras planicies aledañas— a los pequeños pueblos que ahí se asentaron hasta bien entrado el siglo XX, relativamente aislados del impulso “modernizador” del Distrito Federal. A pesar de la explosión demográfica en la Ciudad de México a partir de la década de 1960, esas poblaciones fueron invadidas en forma paulatina, primero por poblaciones marginales que alimentaban la demanda de mano de obra citadina, y luego por espacios habitacionales exclusivos hasta la llegada del gigantismo constructor que significó el desarrollo de la Santa Fe. De esa manera, el sitio de Tarango ha vivido a la sombra de la fluctuación demográfica de la

gran urbe desde finales del siglo XIV: primero la llegada de pobladores que precisaban materias primas para alimentar la naciente México-Tenochtitlán; siguió una breve ocupación novohispana, cuando se experimentó el desastre poblacional provocado por la imposición del nuevo sistema novohispano —en su mayor parte debido a las epidemias—, que llevó al abandono de espacios como Tarango y ocasionó un reajuste en diferentes congregaciones. Más tarde, el aumento de la densidad demográfica en el siglo XVIII exigió la ocupación de nuevos espacios entre los pueblos aledaños y la ciudad capital del reino; esto propició la nueva ocupación de Tarango por poblaciones pequeñas y estables hasta la gran explosión demográfica durante la década de 1960. En esos años el pueblo se convirtió en uno de los posibles refugios para trabajadores de la moderna megalópolis, formando cinturones de miseria. Durante los años noventa llegaría la necesidad de espacios vitales para la élite financiera de la ciudad, y Santa Fe fue uno de los destinos elegidos, y es así como se alternan construcciones de lujo y viviendas humildes.

Nuestra hipótesis para este sitio muestra el arribo de poblaciones marginales que buscaban satisfacer las necesidades de una naciente metrópoli; personas trabajadoras que ocuparon dichos espacios de manera estacional o permanente —es probable que al inicio fuera intermitente y en algún punto se volviera constante la vivienda—, de una manera muy similar a como se dio el proceso de crecimiento urbano durante la década de 1960. Es decir, trabajadores que ocuparon con sus familias —casi siempre originarias del interior de la república mexicana— lugares cercanos a una ciudad de México inmersa en un proceso muy acelerado de crecimiento, y aun cuando no buscaban explotar los recursos naturales del lugar, si cubrían la necesidad metropolitana de mano de obra.

Si bien esos son fenómenos complejos, que van más allá del alcance de este texto, consideramos que el reordenamiento de los grupos poblacionales es determinado por la autoridad central: en el siglo XVI mediante la congregación del hospital de Santa Fe, la cual se da en buena medida por el descenso demográfico y la necesidad de organización administrativa del gobierno novohis-

pano. En la época contemporánea obedece a la decisión de grupos con amplios recursos económicos para desarrollar nuevos complejos para vivienda, comercio y oficinas alternativos a la Ciudad de México, los cuales “empujan” a las poblaciones y las obligan a reubicarse.

A pesar del esfuerzo de los españoles para agrupar a las poblaciones en torno a un centro religioso que facilitara el proceso de aculturación de los grupos originarios —por ejemplo, la congregación de Santa Fe—, no deja de haber continuidad en el uso de espacios marginales por grupos segregados, a quienes reconocemos a partir de la evidencia material ya descrita. Este tipo de ocupación se mantiene hasta nuestros días, a pesar del arribo de grupos privilegiados —lo cual resulta evidente desde la propia arquitectura de la zona— y del esfuerzo de las autoridades por ofrecer una infraestructura que faculte la integración entre sectores de la ciudad, como en el caso de la Súper Vía Poniente.¹ Las poblaciones marginales y el uso del espacio en esta porción del poniente de la cuenca parece mantener una continuidad en cuanto a su interdependencia con la ciudad, proveyéndola de algunas cosas que ésta necesita —antes materia prima, ahora mano de obra—. Sin embargo, en tiempos recientes ese proceso ha sufrido una severa ruptura al cambiar de dirección la necesidad; con el surgimiento de una pequeña ciudad (Santa Fe) en el interior de la metrópoli, ahora el flujo de personas y recursos es bidireccional, trabajadores entran y salen de la zona para satisfacer la necesidad de mano de obra en Santa Fe y en el resto de la ciudad. En este texto planteamos la posibilidad de observar las fluctuaciones de población y el cuadro de marginalidad-opulencia de la Ciudad de México, en términos de una temporalidad más amplia.

Tarango llegó a los albores del siglo XXI con un mosaico interminable y continuo de pobreza y riqueza, mal comunicado y colapsado en horas de mucha afluencia vehicular. Con una topografía tan dura como su propia historia y con una sola manera de conectarse con el resto de la ciudad, al

intentar subsanar un problema estructural resurgen los vestigios de sus antiguos pobladores y emerge de nuevo una añeja historia de fluctuaciones, opulencia y marginalidad que se niega a morir; así, desde una mirada antropológica, no refleja sino la continuidad que subyace en una estructura sociopolítica de larga duración.

Bibliografía

- Archivo General de la Nación (AGN)
GD58. “Hospital de Santa Fe. Ordena su señoría que ninguna justicia impida al Hospital de Santa Fe...” (1583). AGN Indios, vol. 2, exp. 633, 146fs.
- GD58. “Al juez repartidor de indios de Tacuba a fin de que socorra con indios al Hospital de Santa Fe...” (1583). AGN Indios, vol. 2, exp. 634, 146fs.
- GD58. “Para que Buenaventura de la Cruz, gobernador del Hospital de Santa Fe, saque a los naturales que se hubiesen ido a otra parte...” (1629), AGN Indios, vol. 10, exp. 65 ff.
- Carrasco, Pedro
1971. Social organization of Ancient Mexico. En *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 10 (pp. 349-374). Austin, University of Texas Press.
- Cervantes Rosado, Juan Gabriel
1997. “Proyecto planteamiento de investigación en las regiones poniente y sur-poniente de la Cuenca de México, dentro del Proyecto Prevención de Afectaciones al Patrimonio Arqueológico. México”. Biblioteca de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.
- Charlton, Thomas, y Fournier, Patricia
1993. Urban and Rural Dimensions of the Contact Period. Central Mexico, 1521-1620. En Daniel Rogers y Samuel Wilson (eds.), *Ethnohistory and Archaeology: Approaches to Postcontact Change in the Americas* (pp. 201-220). Nueva York, Plenum Press.
- 1996. Patrones arqueológicos de diferencias socioétnicas en Nueva España, contrastes urbanos y rurales. *Revista Colombiana de Antropología*, 33: 55-83.

¹ Es motivo de discusión la intención del gobierno de la Ciudad de México de “integrar” sectores de la ciudad con vialidades que requieren de un pago por su uso, “segregando” a quien no pueda o no quiera pagarlo.

- Fernández Dávila, Enrique, y Gómez Serafín, Susana
1998. *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica. Memoria*. México, INAH.
- Fournier, Patricia
1997. Símbolos de la conquista hispana: hacia una interpretación de significados de artefactos cerámicos del periodo colonial temprano de la Cuenca de México. En Marie Odile Marion (comp.), *Simbologías* (pp. 125-138). México, Plaza y Valdés /INAH/ Conacyt.
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*. México, UNAM.
- Gibson, Charles
1986. *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*. México, Siglo XXI.
- Gobierno de la Ciudad de México (GDF)
2011. *Presentación vía de comunicación urbana de peaje vía rápida poetas*. México, Gobierno de la Ciudad de México.
- Greenfield, P.M.
1999. Cultural change and human development. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 83: 37-59.
- Horn, Rebecca
1992. Coyoacán, aspectos de la organización sociopolítica y económica indígena en el centro de México (1550 1650). *Estudios Históricos*, 29: 31-55.
- Lightfoot, Kent
1994. The Archaeological Study of Culture Change and Continuity. *Multiethnic Communities. Proceedings of the Society for California Archaeology*, 7: 7-12.
- López Austin, Alfredo
1985. Organización política en el Altiplano Central de México durante el Posclásico. En J. Monjarás Ruiz, E. Pérez Rocha y Rosa Brambila (comps.), *Mesoamérica y el Centro de México*. México, INAH (Biblioteca INAH).
- López Wario, Luis Alberto, Corona, Octavio, et al.
1994. *Fragmentos y tiempos, arqueología de salvamento en la Ciudad de México*. México, Subdirección de Salvamento Arqueológico-INAH.
- Manzanilla, Linda (ed.)
1986. *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. México, IIA-UNAM (Serie Antropológicas, 76).
- Muñiz García, David, Orduña Gómez, Fernando, Hernández, César y Castañón, Mijaely
2012. "Proyecto de Prospección y Sondeos Arqueológicos en la Súper Vía Poniente (Vía Rápida Poetas), delegaciones Magdalena Contreras, Tlalpan y Cuajimalpa, D.F. Informe técnico 2011-2012". Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, México.
- Paredes Gudiño, Blanca
1986. La unidad habitacional en la Cuenca de México. Periodo Posclásico. En Linda Manzanilla (ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad* (pp. 221-256). México, IIA-UNAM (Serie Antropológicas, 76).
- Pérez Castellanos, Leticia, y Esparza López, Juan Rodrigo
1997. Historia y perspectiva de la arqueología de salvamento en México: los comienzos. *Boletín Actualidades Arqueológicas*, 1: 3-5.
- Pineda Mendoza, Raquel
2000. *Origen, vida y muerte del acueducto de Santa Fe*. México, IIE-UNAM.
- Rojas Rabiela, Teresa
1985. La tecnología agrícola mesoamericana en el siglo XVI. En T. Rojas Rabiela y W.T. Sanders (eds.), *Historia de la agricultura, época prehispánica-siglo XVI*. (pp. 129-231), México, INAH.
1988. *Las siembras de ayer. La agricultura indígena del siglo XVI*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Rojas Rabiela, Teresa (coord.)
1991. *Agricultura en tierras mexicanas desde sus orígenes hasta nuestros días*. México, Grijalbo/ Conaculta.
- Sahagún, Bernardino
1979. *El Códice Florentino de Fray Bernardino de Sahagún*. México, Secretaría de Gobernación/SEP.

- Sánchez Pérez, Serafín
2005. *Análisis físico-químicos de suelos y sedimentos*. México, ENAH-INAH/Conaculta.
- Sanders, William T., Parson, Jeffrey, y Santley, Robert S.
1979. *The Basin of Mexico*. Nueva York, Academic Press.
- Silliman, Stephen.
2009. Change and continuity, practice and memory: Native American persistence in colonial New England. *American Antiquity*, 74(2):211-230.
- Ugarte, Juan. B.
1968. *Instituciones políticas de la Nueva España*. México, Jus.
- Velázquez, Adrián
2007. El trabajo de la concha y los estilos tecnológicos del México prehispánico. *Revista Mexicana de Biodiversidad*, 78: 77-82.

